

FLOR DE CULTIVO

Verónica Zondek D.
Escritora
veronicazondek@gmail.com

Gabriela Mistral es una poeta descentrada, fuera de lugar. Explora, interroga, monta redes y conexiones, al mismo tiempo que arma y desarma esa herida abierta que le marca el costado. Su vida, es la colocación en palabras de una pulsión hacia la sanación personal y social. Su condición de curiosa y meditabunda, su energía ‘patiloca’, la arrancan del conservadurismo colonial en el que nace, a la vez que le otorga voz, libertad y conocimientos para omitir los nacionales deportes del pelambre y el chaqueteo. Por otro lado, ese no lugar en el que vivió, hizo que inventara un Chile a partir del territorio de su infancia. Esa fue su cuna, su consuelo y su paraíso original; fue lo que le prestó alas para vivir al margen de los pactos sociales. Ella adopta y atesora su gama de exilios, porque estos la hacen de algún modo inalcanzable, la convierten en un fantasma que flota suspendido, aunque con pies de plomo, sobre nuestra idiosincrasia oficial. Dicen que la venganza es dulce, y Chile se la cobró, convirtiéndola, hasta no hace mucho, en una estatua de sal inamovible.

Mistral desarrolla una poética a partir de lo cotidiano y alcanza profundidades extraordinarias gracias a su mirada no binaria y a su sensibilidad social y mística. Demora en todo lo que hace hasta que logra encontrar un decir propio y con él, se viste y chascone el orden establecido. Para investigar esta vida de excentricidades naturales, propongo viajar con atención por algo que quiero llamar “Ruta Mistral”. Lo que urge es adentrarse en sus escritos porque hoy, en medio de la revuelta y las demandas, ella habla claro y fuerte. Hay que revalorizar el conocimiento con que cargan sobre su lomo de Carey aquellas tortugas sabias de tiempo lento como Mistral.

Mistral es una mujer contradictoria y provocadora que, como otras, ha sido acallada. Ella no es figura de sentido único, sino una que explora y atesora el surtido de cuerpos que posee la tierra. Entra y sale de sí misma cuando escribe, recoge trazos y trozos que dan cuenta del territorio y la acción material y espiritual que habita. Gabriela Mistral, nombre al que llega tras una larga arquitectura verbal de sí misma, es un ejemplo concreto de mujer empoderada y transgresora. Palabreó lo que quiso, luchó por las causas en las cuales creía, tuvo una rica y variada vida intelectual, vivió donde

la aceptaron como era, calmó las necesidades del corazón con quien quiso y escribió en lengua propia, sin amilanarse ante las críticas de sus contemporáneos. Fue una mujer política sin adscribir a partido alguno, una mujer religiosa sin adscribir a una iglesia, una madre sin tener hijos, una maestra sin tener instrucción formal. Se permitió vivir con sus contradicciones, rescató y usó el habla cotidiana de un valle y creó palabras nuevas desde la necesidad. Hizo patria en la letra y amó a su Chile particular. Quiso e hizo mucho por la “Patria Grande”, reconociendo en ella la complejidad de nuestra identidad. Esto es, nuestra mixtura hecha de inmigrantes y pueblos originarios. En definitiva, ve a la América como a un gran crisol compuesto de seres errantes y en movimiento. En este crisol, dice, hay que buscar y fundar lo propio. Ella es nuestra conciencia mestiza y fracturada que trabaja para entregarnos un destino poético posible. Es decir, un sentido, un lugar, una estética y una dignidad. El lenguaje, nos dice, no podrá ser sino la secuela de esa “ruta cortada”, una “dislocación” que resulta en una “torcedura absoluta del rumbo comenzado”. La palabra, que el conquistador impone en América a la fuerza, es el tesoro del que disponemos para fundarnos y deletrearnos. Ahora, dueños de esta herramienta, dice ella, los géneros literarios no tienen importancia alguna. “Yo no creo en los géneros según la retórica, divididos por paredes de cemento. Hay fugas de un género a otro”. Hablar así en aquel tiempo era excentricidad pura, aunque hoy nos parezca una obviedad y algunos lo hayan convertido ya en moda y marca de venta. Por pensamientos como este la trataron de tonta. Extraordinario es el que, en estos tiempos de camaleones decapitados, una mujer aplique al ámbito del pensar la generosidad de lo plural y lo líquido, de lo mestizo y de los pliegues que urden al mundo.

Lucila, la niña excéntrica que nació en un valle nortino, vivió rodeada de mujeres quienes con sus vidas, relaciones y labores conformaron la memoria viva de su Matria; es decir, son el humus de su escritura y, en ellas y su mundo, ancló sus ternuras, pasiones y pensamiento. Es ahí donde ella encuentra los códigos y la fortaleza que harán posible su vida y su trabajo. Lucila Godoy Alcayaga nace en 1889 en Vicuña. Otros excéntricos también nacen ese año: Charlie Chaplin, Anna Akhmatova, Alfonso Reyes y Adolph Hitler. A diez días del nacimiento, la familia vuelve a La Unión, pueblo donde su padre ejerce como maestro. Cuando Lucila tiene tres años, el padre abandona la casa y doña Petronila, se traslada a Montegrande, lugar donde Emelina su hija, la hermanastra de Lucila, es maestra y directora de escuela. Allí viven juntas las tres. Allí accede a los saberes que conformarán su Matria: la huerta, la quinta, la costura y los bordados que salen de las manos de su madre; la enseñanza primaria y amorosa que sale de la boca de Emelina; las historias bíblicas que encuentra en los textos escolares y que lee bajo un árbol de su patio primero y luego, ya en La Serena, junto a La Teóloga, su abuela paterna; y las historias populares que le cuenta la gente del valle. Estos son los pozos de donde bebe para educarse en forma autodidacta.

Lucila fue una ‘rara’ desde muy pequeña: retraída, callada, alta para la norma, lectora, siempre anotando lo que veía, sentía, imaginaba y vivía. Niña de pocas amistades, de hablar sola con las cosas y los amigos imaginarios. En la escuela de Vicuña, donde la llevaron para que continuara con sus estudios de primaria, no encajó. Sus compañeras recelaron de ella y no la aceptaron. Un día la culparon de ladrona ante la directora, una mujer ciega y además madrina de Lucila. Esta mujer transformó la acusación en un acto ejemplar frente a toda la escuela. Cuenta Gabriela que, muerta de vergüenza, se escondió apenas terminó el acto, debajo de un pupitre a esperar que todas se fueran. Cuando finalmente salió, ellas se encontraban aún ahí en la plaza con los bolsillos llenos de piedras con las que la apedrearon hasta hacerla sangrar mientras le gritaban ladrona. Mistral relata esto cada vez que puede, y lo recuerda como el trance más marcador de su vida. Este hecho refuerza su sentimiento de no pertenencia y marca, además, el fin de su educación formal. En su expediente personal se anota que no continúa con su educación porque es deficiente mental. Se lo anota así, porque resulta ser ventajoso en relación al de ladrona que obligaría a llevarla ante la justicia o a internarla en la correccional. La madrina y directora le sugiere a Petronila que mejor la entrene en labores del hogar para que la niña sirva para algo. En ese mismo instante, Lucila, rebelde, clarividente o excéntrica, decide no cocinar, no limpiar, no hacer la cama, no bordar, no coser. Decide no hacerlo nunca. No discute ni contradice a nadie. Su táctica consiste en guardar silencio y negarse a hacer lo que se le pide. Sus intereses, ella lo sabe, son la lectura, la huerta y la escucha. Sabe ya, a esa temprana edad, que si quiere proteger lo que le importa, debe dejarse regalar. Quizá piensa que eso es lo que el mundo le debe. Su vida no ha sido exactamente la de una princesa y menos el de una princesa dormida que espera que llegue el príncipe a despertarla con un beso. Artífice de su propio camino y vida, Mistral decide en ese momento y para siempre, que otros serán los encargados de solucionar las labores del cotidiano. Esa resistencia silenciosa que la empodera, adquiere peso de pensamiento cuando ingresa a la Sociedad Teosófica en Antofagasta. Allí aprenderá lo que su intuición ya sabía: que el ‘no hacer’ puede ser algo muy activo.

Un año más tarde, Emelina se casó y abandonó Montegrande, por lo que Lucila y Petronila se mudaron a La Serena en busca de trabajo. Su educación queda ahora en manos de libros, bibliotecas y maestros que irá encontrando por ahí. A los 14 años comienza a publicar artículos y poemas en los diarios de la zona. Primero en *El Coquimbo*, un periódico laico de La Serena y luego en *La Voz de Elqui*, un periódico radical de Vicuña y otros. A los 15, ya ejerce de maestra en la escuela uni-docente de La Compañía Baja y comienza a leer los libros que le presta Bernardo Ossandón. Así calma su sed y cura su alma. La lectura y la escritura, desde este punto en adelante, serán su oficio lateral, significando que el principal es el de la pedagogía. A veces agregará a estos un tercer oficio lateral, el de la jardinería. Estos oficios laterales, son su “fiesta pequeña y clandestina”. Ella habla, en varios escritos pedagógicos, de la

importancia del ‘oficio lateral’, porque es este el que evitaría que el entusiasmo por el principal, se pierda.

Cuando pienso en que la poeta nació a fines del siglo XIX y tuvo la biografía que tuvo en medio de un valle aislado, no puedo sino concluir que la Ruta de Mistral que recorro, es pasmosa, conmovedora y extraordinaria. Los obstáculos que Chile le colocó a lo largo de la vida, no son sino la muestra viva de la envidia que produjo el que una nacida fuera del tablero, jugase y jugase bien. Gabriela Mistral fue una mujer tenaz y obstinada, cuando de injusticias con ella o con otros se trató. Llegó a ser, para escándalo de muchos, directora de Liceos, reformadora de planes educacionales, primera mujer diplomático de la Cancillería chilena, primer escritor latinoamericano en obtener el Premio Nobel de Literatura, primera mujer en recibir el Premio Nacional de Literatura y primera persona a quien la Universidad de Chile le entregó el grado de Doctor Honoris Causa. Y mantengo el género masculino en algunas de estas denominaciones a propósito, porque quiero enfatizar el quiebre y la importancia que esto tuvo para nosotras. La fama mundial que tuvo le importó poco, porque según lo que dijo la “patitonta”, como a veces se llamaba a sí misma, “la fama sólo sirve para confundir el trabajo poético con el personaje y no tiene ninguna importancia, salvo para abrir puertas por donde entrar a derribar muros...”.

Lo que he contado sucede en tiempos en que en Chile las mujeres aún no conquistaban el derecho a voto y, por cierto, el tener opinión propia era una insolencia. Estoy segura de que lo que señalo fue posible gracias al personaje que la niña Lucila modeló con paciencia, palabras e imaginación, y que después de mucho pensar decidió nombrar Gabriela Mistral. Sin embargo, Lucila permaneció dormida al interior de Gabriela, y no llegó a enterarse de cuán extraordinaria llegó a ser la poeta que parió. Pienso que esa ignorancia de la creadora de Mistral, hizo que a la poeta no se le subiesen los humos a la cabeza. El gusano de la duda y el descreimiento en sí misma, nunca la abandonó. Lucila deja el mundo rural femenino y tradicional y entra al mundo masculino de la cultura y del saber. En ese espacio ancho y ajeno, sobrevive gracias a su inteligencia e intuición. Estas habilidades son las que usó para desarrollar un universo propio de relaciones y estrategias, sin las cuales no habría logrado impulsar lo que hizo. Es difícil descubrir esa red de relaciones en la maraña de escritos dispersos por doquier. Lo he ido descubriendo a tropezones entre sus escrituras sin fin. Lucila y luego Gabriela fueron, creo, excéntricas ubicadas y de gran imaginación. Entendieron tempranamente cómo y qué había que hacer, para ser alguien y decir algunas cosas, en el mundo intelectual, artístico y diplomático manejado por hombres.

¿Qué fue lo que permitió que una tímida, introvertida y socialmente castigada niña del Valle de Elqui se convirtiera en una joven aplicada y curiosa, en una escritora y maestra con voz propia y crítica en la ciudad conservadora de La Serena? Mucho he pensado en esto y estoy casi segura que lo que despertó al genio remolón

que dormía en sus entrañas fue, por un lado, el regalo inesperado y feliz que la hizo acceder a una biblioteca y por otro, la suerte de mantener una relación de respeto y conversación con alguien como Ossandón. Esto no sólo le entregó la seguridad que necesitaba para escribir, sino que le abrió una puerta al pensamiento y la reflexión. Es decir, este señor, también nacido en el Valle, maestro y lector, director del diario *El Coquimbo* donde Lucila publicó sus primeros poemas y artículos, era un hombre de grandes conexiones en el mundo regional y nacional porque había ocupado, entre otros, el cargo de alcalde.

Por ser Lucila maestra en la escuela de La Compañía Baja, se le otorgó una casa donde vivió con su madre. En esa escuela pobre y sin recursos, pero con vista al mar y con quinta donde pasear, Lucila –pronto Gabriela– decantó sus experiencias y comenzó a escribir y a publicar. La casa se convierte pronto en un pequeño lugar de peregrinaje para muchos de los que leen sus artículos y poemas en los diarios y revistas regionales. Iban a conocerla, querían saber quién era la autora de esos escritos polémicos. Así, Lucila de 15 años, volvía a despertar curiosidad y producir polémica. Bernardo Ossandón, uno más entre los visitantes que llegaron a verla, supo a la primera quién era Lucila y qué era lo que necesitaba. Es así como Lucila accede a los libros del dueño de la única biblioteca bien surtida en la ciudad. Así es como entra en el vértigo de la lectura y del pensar. Tan importante como lo hasta aquí descrito, resultó ser el hecho de que Ossandón era radical y masón. Esto es importantísimo de notar. Al entender él las luces excepcionales de Lucila, decide conectarla con algunos integrantes del mundo masón del cual él forma parte. Años después, ya auto-bautizada como Gabriela, entra a la Sociedad Teosófica independiente de Antofagasta donde prosigue construyendo redes y aprendiendo. Me doy cuenta, al caminar por su Ruta, que casi la totalidad de los escritores, educadores, intelectuales y políticos a los que accede Mistral primero en Chile y luego en Latinoamérica, Europa, Asia y Estados Unidos, resultan ser personas ligadas a la teosofía o a la masonería. Mistral se interesa y entra a la Sociedad Teosófica, porque en ella encuentra hombres y mujeres que comparten una doctrina que une al cristianismo con el budismo y el hinduismo. Es decir, un mundo espiritual que le enriquece la idea viva del materialismo, en la que se reconoce, pero no enteramente. En cambio, aquí encuentra y atesora hasta el fin de sus días (aunque más adelante deje la Teosofía), la creencia en la reencarnación y la telepatía, además de las prácticas respiratorias yoguis con las cuales logra conciliar el sueño. La Sociedad Teosófica, de la que se hace miembro por al menos 20 años, le permite fusionar sus búsquedas espirituales con su pensamiento y acción social y educativa. Entra en relación con interlocutores y lectores que la leen, la admiran y la contactan. Lee el *Bhagavad Gita* y se escribe con maestros orientales y escritores como Sri Aurobindo, Aldous Huxley, Eduardo Barrios, Manuel Magallanes Moure, Tobías Vera, Miguel de Unamuno, José Vasconcelos y otros. Así fue, como sin querer queriendo, su amistad con Ossandón le facilitó la entrada al mundo literario, intelectual, educacional y político de la época. Así

también nació la amistad con Pedro Aguirre Cerda, quien también, obvio, era masón. Ya en el seno de la Sociedad Teosófica, Mistral arma sus propias redes y amistades y supera sus ‘desventajas’ de género, clase, estética, origen, nacimiento, estado civil y educación. Estas conexiones fueron su manera de doblarle la mano a los prejuicios y a su condición de ‘rara’. Este fue un salto osado que pudo haber sido suicida, pero es el que engendra y consolida a Gabriela y lleva a esta ‘doña nadie’ a México, para luego insertarla en el mundo que la reconoce como gran poeta, maestra, diplomática, intelectual, escritora, conversadora, defensora de los derechos humanos y de la tierra. Es la primera escritora y pensadora latinoamericana reconocida por el mundo. Sin este eslabón, y con las dificultades ya descritas, es imposible entender el cómo una niña sale desde un valle perdido hacia el mundo, y el cómo es que vuelve de ese mundo a Chile convertida en la leyenda de piedra, en la figura de una profesora medio amargada que le canta a los niños y a la maternidad.

Para entender la energía que se agita en la poeta, volvamos a algunos de los contratiempos que tuvo antes de salir de Chile. ¿Qué pasó que, a pesar de haber salido bien en los exámenes y de tener el dinero y las ganas de estudiar para profesora, no fuera admitida en 1905 como estudiante a la Escuela Normal de La Serena? Pues el profesor y presbítero de la misma piensa que tener a una atea, pagana y de ideas liberales en la sala, será una muy mala influencia para las estudiantes. Es decir, a la niña aventajada, intelectualmente inquieta y opinante, que publica en diarios de la zona, se le niega la posibilidad de formarse. Opinar, ser crítico, proponer, son cosas que a una mujer no le está permitido. Excentricidad, que más vale eliminar de raíz antes de que cunda. No sospechó ese cura que la niña era tozuda. ¿Qué es lo que dice la niña soñadora en esos artículos que publicó y que incomodan tanto? Escribe sobre el derecho de la mujer a educarse, sobre la necesidad urgente de una reforma agraria; exige educación pública y obligatoria para todos e igualdad de salarios entre hombres y mujeres; reclama el cuidado de la tierra y propone que hay que sacar de ella sólo lo que se necesita. Como ven, estas demandas son actualísimas en todos los planos. Su oposición al extractivismo y la economía depredadora, su respeto por la infancia y el derecho de ella a la felicidad y a las necesidades básicas, es algo que el SENAME o como se llame ahora tras el maquillaje al que lo someten, debería escuchar, si se toma en serio su función. Reclama también por los derechos de campesinos, obreros y mujeres. Apela a las dirigencias sordas y empoderadas del país.

Los cuatro años que trabaja en La Compañía Baja (1903-1906) fueron importantísimos en su formación. Allí se enamoró por primera vez de un hombre, de la enseñanza rural, de la escritura y de la contemplación. El oficio que aprende allí, no sólo la independiza económicamente, sino que funda los cimientos de su nueva imagen y carrera profesional. Aquí es donde nace Gabriela Mistral la poeta. En esta escuelita apartada y hambrienta, encuentra y define el perfil de maestra rural que quiere ser y fija su prioridad en la enseñanza que quiere impartir a los desposeídos,

sean estos niños, mujeres u obreros del agro, las minas o la urbe. No olvidemos que estos son los tiempos de las grandes migraciones del campo a la ciudad o a las minas y también en el que se forman los sindicatos obreros del salitre. La sociedad chilena se compone entonces de terratenientes y de una creciente y pujante burguesía minera. El resto de la población recién despierta o está por despertar. Saco esto a colación para que situemos los actos y pensamientos de esta niña provinciana. Sigamos. Es aquí también, donde ella desarrolla y pone en práctica por primera vez sus ideas y técnicas respecto a la alfabetización, donde define la importancia de la imagen para despertar el apetito del conocimiento y el de las canciones para interesar y despertar la curiosidad por el mundo en niños y en adultos. Aquí también desarrolla conciencia en torno a la importancia de multiplicar la cantidad y el acceso a las bibliotecas, e implementa escuelas nocturnas para alfabetizar y entregar aritmética básica a los adultos. Por otro lado, verifica que el contar historias abre el apetito por el conocimiento y arma lazos entre los oyentes. Es aquí también donde regala libros por primera vez y provee de desayuno a los que asisten a sus clases para que no pierdan la concentración.

Estoy segura que estos dos hitos, la escuela y el encuentro con Ossandón, son los que hacen de ella la poeta, escritora, lectora, pensadora y maestra que es y cimentan su carrera vitalicia como colaboradora en los periódicos. Fue en esa Escuela donde anudó su mirada sensual e imaginativa para con la naturaleza y donde comenzó a urdir las redes, primero locales y luego internacionales, que convirtieron a la provinciana excéntrica y desconocida, en mujer, de no menos excentricidad, pero de relevancia universal. Lo que aprende y desarrolla aquí, es la punta del hilo que la conecta con Pedro Aguirre Cerda, que a su vez le hace el pase a Vasconcelos quien la invita a México para, más tarde hacerle gancho con el mundo. Pero aún falta mucho para eso. Lucila recién comienza su carrera de maestra en La Compañía Baja y otras escuelas de la región. Tiempo después vagará por los liceos de Chile ejerciendo de profesora primero y de directora después. Diecisiete andarines años chilenos. “Patiloquismo” local que le entrena el paso, la letra y la mirada. En el intertanto y ejerciendo de maestra en el Liceo de niñas de Los Andes, participa en un concurso nacional y gana, en 1914, un premio que la saca de sopetón del anonimato y entonces ya no hay vuelta atrás: Gabriela Mistral esconde y ampara para siempre, en sus propias entrañas, a la niña Lucila.

Volvamos atrás para entender cómo esta excéntrica accede a un título de maestra que le permitirá ejercer en los liceos sin haber asistido al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile ni haber cursado la Normal. Obtiene el famoso título a través de exámenes libres, que rinde en la Escuela Normal de Santiago en 1910. Eso la autoriza a ser Preceptora Interina, pero no la libra del desprecio de los maestros. Empieza a trabajar como profesora en el Liceo de Barrancas y luego en el de Traiguén, donde por primera vez tiene contacto directo con el pueblo mapuche. En 1911 ingresa como

profesora e inspectora al Liceo de Antofagasta. Esto es importante porque es aquí donde ingresa a la Sociedad Teosófica “Destellos” y construye los lazos y redes que adoquinarán su Ruta, para paso a paso sortear la maledicencia y encontrar lo suyo. Después de permanecer ahí poco más de un año, se traslada por un tiempo largo al Liceo de Los Andes (donde escribe, publica y entra en contacto epistolar con Rubén Darío). Desde allí enviará sus sonetos al concurso. En ese Liceo permanece hasta que Pedro Aguirre Cerda (Ministro de Justicia e Instrucción Pública de la época a quien había conocido en Pucuro, pueblo cercano a Los Andes), la nombra directora del Liceo de Niñas en Punta Arenas (1918). Para allá parte junto a su amiga la escultora Laura Rodig. Es aquí donde termina de escribir y da el nombre de *Desolación* a su primer libro, que será publicado por el Instituto de las Españas en 1922, en Nueva York, gracias a las gestiones del profesor y escritor Federico de Onís (también masón). Su próximo destino como directora es el Liceo de Niñas en Temuco, donde se reencuentra con la realidad y el imaginario del pueblo mapuche y con la realidad de los reos de la cárcel pública, a quienes visita con regularidad para trabajar con ellos. Es aquí donde conoce y lee los poemas adolescentes de Neruda quien, con cierto temor, la busca y contacta. Termina su vagancia de maestra y directora, en el Liceo N° 6 de Niñas en Santiago, donde escribe *Pensamientos pedagógicos*, un escrito que vuelve a incomodar. En todos estos liceos Mistral pone en práctica lo que escribió sobre la educación. Los crecientes buenos resultados de sus propuestas asombran cada vez más a Pedro Aguirre Cerda, por lo que no duda en recomendársela a Vasconcelos (masón), quien se entusiasma y la invita en 1922, a ser parte de la reforma educacional rural e indígena de México. ¡Qué pena que Chile nunca vio en ella a la vanguardista educacional que otros países sí vieron y atesoraron! ¡Qué pena que hoy no se consideren sus ideas pedagógicas! En casa de herrero, bien sabemos que se usa la cuchara de palo.

Todo lo que he contado hasta aquí muestra cómo Mistral urde los puntos con los que teje su red de lectores, amigos y conversadores que incluye entre otros, a educadores, intelectuales y escritores. Ya todos saben que es una personalidad extraordinaria y, por lo mismo, tiene amigos y también enemigos declarados.

Mistral hizo para sí lo que otros no hicieron por ella. Es su propia agente en la búsqueda de interlocutores y relaciones. Su interés en distintas áreas, oficios y medios, no es exactamente el de una mujer dispuesta a la domesticación. Muy lejos de la idea hegemónica de lo que una mujer debe ser, Mistral llegará a ser alguien imposible de obviar. Excéntrica, pero excéntrica situada. Considérense los cargos que llegó a ocupar mientras escribe una obra que aún hoy no se conoce por completo: profesora de escuelas rurales y directora de liceos emblemáticos en Chile; diseñadora de la enseñanza rural en la Reforma Educacional Mexicana; cónsul en Madrid, Lisboa, Niza, Petrópolis, California, Veracruz, Nápoles y Nueva York; Consejera del Instituto de Cine Educativo sede Roma y del Instituto de Cooperación Intelectual sede París; fundadora de la Sociedad Naturista de Chile; Consejera y luego

Delegada de Chile en el Instituto de Cooperación Internacional de la Sociedad de las Naciones en Ginebra donde entre otros, participó del Congreso de Protección a la Infancia y fundó la colección de Clásicos Iberoamericanos. Activa en congresos, también dictó charlas en paraninfos universitarios y organismos internacionales sobre la geografía, historia y gentes de Chile a la vez que colaboró siempre en periódicos y revistas con el fin de aumentar su presupuesto. Además, y debido a sus múltiples escritos en torno a la causa sandinista, Sandino la nombró Benemérita del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional en Nicaragua y, además, Abanderada Intelectual del Sandinismo.

También tuvo una manera excepcional de encarar la maternidad. No parió hijos, pero Chile quiso que fuera la madre virtuosa de la Nación. Mistral calla y deja que el tiempo desmadeje y destape sus rostros ocultos e intensos y para nada canónicos. Adopta y cría a su sobrino Yin-Yin, escribe canciones de cuna, pero le habla a la madre que, según ella, es quien la necesita; defiende los derechos de la madre soltera y la obligación que tiene el Estado de protegerla. Para entender la ferocidad de su convicción, léanse los poemas a las madres que escribió e incluyó en las primeras publicaciones de *Desolación*. Mistral, como ya sabemos, se rebela contra cualquier abuso. Ve en la tierra a la madre de todo lo que existe, por lo que las obligaciones para con ella, son ineludibles. Escribe, discurre, conversa. La palabra es su hija amada, parida con dificultad y cuidado. Es su marca filial más poderosa y nunca la abandona ni deja de alimentarla.

¿Por qué a Mistral no la aceptan cómo es? Porque tiene palabra y la usa para amar y pensar en forma independiente. Porque es alta, porque fuma y gusta del trago y la conversación. Porque habla lento y ríe fuerte; Porque viste con poca gracia, aunque yo la he visto en fotos donde eso no es así. Porque no se tiñe el pelo, no se maquilla, usa zapatos cómodos y no luce joyas. Porque es coqueta y juguetona, maliciosa y de mirada verde y profunda. Porque es directa y deslenguada. Porque es una apasionada del cine y los monos animados. Porque conversa con sus muertos y los busca. Porque no come carne roja. Porque construye relaciones horizontales y ve en eso la gran ventana al conocimiento y al crecimiento. Porque sus manos sólo sirven para trabajar en el jardín y escribir y para los otros quehaceres necesita ayuda. Porque con eso consigue que siempre haya alguien dispuesto a facilitarle las tareas. Este es su punto débil, pero también el que le presta músculo para vivir. Secretarías, amigas, amores, diplomáticos, presidentes, ministros, estudiantes, profesores, profesionales de un cuanto hay, están siempre dispuestos a tenderle una mano. Con muchísimos de ellos mantuvo una correspondencia abundante, donde por cierto se encuentran algunos de sus tesoros mejor guardados. Mistral es una escritora torrencial de cartas y ellas constituyen uno más de los tantos géneros literarios en los que incursionó. Cuando pienso en sus cartas, con las que he trabajado, pienso en ellas como en senderos que nos va dejando para que logremos, algún día, conectar los caminos que desembocan

que esto parezca, es importante porque es así como subvierte para siempre, en acción y palabra, el teatro de los Juegos Florales. Mistral desafía la imagen de la mujer florero y observa el espectáculo de su ausencia desde lejos. Al acto oficial asiste el presidente de la República, razón por lo cual el certamen, fuera de ser oligárquico, es también oficial. ¿Cómo es el escenario? Pues, está profusamente decorado. Hay diez bellas damas vestidas con tules y joyas y peinados y trajes que hoy nos parecerían salidos de un cuento de hadas. Estas mujeres están sobre el escenario a los pies de un trono vacío que recibirá a la Reina una vez que sea elegida. Ellas son la Corte de Amor. La Reina debe entregar el premio al poeta laureado, aunque esta vez no fue así. A la izquierda, un piano y un violín. A la derecha, los cinco poetas seleccionados vestidos sobriamente. Pero en realidad sólo son cuatro, pues Mistral no está allí. ¿Dónde ubicar a Gabriela Mistral? ¿Entre los hombres de negro o entre las princesas envueltas en tul? De entre esas diez bellas jóvenes expuestas allí, los poetas presentes que han sido elegidos escogen a la Reina del certamen que, una vez nombrada, sube al trono ubicado sobre un estrado de rosas y se adjudica el reinado de la ciudad por un año. Cada uno de los poetas elegidos deberá escribir un poema a la Reina, para leérselo un mes después. Mistral cumple con escribirle a la musa. Escribe un poema donde la trata de tú a tú y le pide que la ‘melifique’, que la reciba en esa corte palaciega donde ella no calza ni calzará nunca. Nuevo desacato, porque no la trata de musa ni le canta loores. ¿Rara? Pues sí, encuentra un modo para cumplir con las reglas y a la vez, no obedecer. Es obvio que el triunfo de Mistral rompe con la visión imperante respecto a la escritura de mujer. Mistral entiende a la perfección cuál es el lugar que ocupa. Sabe el terreno que pisa y sabe cuán imposible le será participar de ese mundo si no teje redes y continúa autoformándose. Estas redes las obtiene primero publicando poemas y artículos en la prensa y en revistas, y luego, escribiendo cartas y entrando a la hermandad teosófica. Es así como Gabriela Mistral, que no nace flor natural, se convierte en flor de cultivo.

Pasemos ahora a la política, para entender la excentricidad de la poeta en este campo. También aquí tomó un rumbo propio. Nunca perteneció a un partido, aunque muchos hacen como que sí. Mistral es mujer que piensa y dice las cosas. No le importa contradecirse, le importa decir lo que cree. Este permiso que se auto-concede para no ser unívoca, para no casarse con nada, es lo que a mí me parece extraordinario. Modifica y se deja modificar. Está viva y el dogma no es lo suyo. Sin embargo, hay asuntos que sí fija y que la acercan más al mundo socialista que a otros: su creencia en los derechos de los campesinos, obreros, niños y mujeres. Su mirada americanista. Su creencia en la educación y la necesidad de hacer campañas por la educación popular; su fe en la reforma agraria como solución a los problemas básicos de la América Latina; su necesidad de defender la lucha de Sandino y enfrentarse a la política intervencionista de USA; su defensoría de la paz en todas partes; su militancia anti-fascista furiosa. Daré un solo ejemplo del activismo silencioso de Mistral: siendo ella Cónsul en Portugal,

promovió un acuerdo entre los consulados y embajadas americanas con el fin de sacar de España a escritores, profesores e intelectuales que corrían peligro de muerte. Este es un punto a desarrollar en extenso, porque da cuenta de su extraordinaria rareza y consecuencia.

Al trabajar en las casi 1000 páginas de *Mi culpa fue la palabra*, libro que publiqué el año 2017 en LOM, ordené los poemas por tema, tal como Mistral lo hizo en las secciones de sus libros, asunto que me permitió encontrar algunas cosas. Entre ellas, compartiré lo importante que me pareció la amplísima gama de sus poemas en torno a la locura, la alucinación, el desvarío y más. ¿Por qué traigo esto a colación? Porque la excéntrica que perseguimos aquí es, pienso, la misma que Mistral reconoce en esas locas que no son otras sino ella misma o las que hubiese querido ser. Refuerzo esta mi intuición al leer esos poemas una y otra vez. Mistral lo dice mejor en una carta dirigida a Dulce María Loynaz: “Las locas son las mujeres extraordinarias, de talento y personalidad excepcionales, a las que el mundo, por ser distintas, llama locas”. Nada que agregar, salvo recomendar la lectura de al menos dos poemas para entender esto: “La otra” y “La contadora”.

Polémica y transgresora, Mistral fue una feminista *sui generis*, que se agarró con uñas y dientes a su pensamiento americanista y social. Esto hace que mire el mundo con un ojo particular que la entronca necesariamente en una extranjería profunda que nunca la abandona y que a veces la distanció de algunas luchadoras pero que finalmente la entronca con las mujeres del MEMCH. Excéntrica hasta para sí misma, su defensa de la mujer es única. Creo que el hilo que la enhebra y la borda desde que nace hasta que muere es esa pajita en el ojo que no la deja quedarse dentro del estuche convencional y la abre a lo distinto. Ese es el testimonio que nos entrega y desde ahí defiende con ejemplo y escritura los derechos de la mujer.

Mucho antes que Neruda, Mistral reconoce en la materia el punto de partida para entender el mundo. Desde ahí sueña con lo posible y lo imposible. Desecha por completo esa mirada occidental que ve en la tierra fuente de riqueza inagotable. Postula en cambio, un sentido hondo y ligado al ciclo de la vida. Dice “La tierra está ‘viva’ en primer lugar porque es fértil. Todo lo que sale de la tierra está dotado de vida y todo lo que regresa a la tierra es provisto nuevamente de vida. El binomio homo-humus no debe comprenderse en el sentido de que el hombre es tierra porque es mortal, sino en este otro sentido. Que si el hombre pudo estar vivo, es porque provenía de la tierra, porque nació de –y porque regresa a la terra mater”.

¿Ecologista? ¿Indigenista? ¿Socialista? ¿Religiosa? ¿Excéntrica?

Creo que estamos frente a una mujer adelantada, contradictoria a la vez que consecuente con sus experiencias. Una mujer recolectora de materias que en su andar por las calles físicas e imaginarias del mundo recicla geografías, frutos, plantas, seres, herramientas, comidas y más. La materia, que ella nombra “la cosa desnuda”, es la que contiene la substancia. Las cosas están hechas de materia, la materia contiene el

misterio. En el misterio se encuentra la trascendencia. La materia, todas las materias, cuando se aprehenden llegan más allá de sí mismas y se integran a un todo que es esencial. Mistral hace un recorrido de las cosas, hace una poesía trascendente a partir de la mirada, porque sabe que debemos nombrar lo nuestro para construir dignidad y conocimiento. Nuevamente lo americano: nuestra geografía, nuestro paisaje. Conocer y deletrear. Cantar cada una de las materias del continente para gestar los mitos fundantes y escuchar su vagido. Conocer nuestra tierra para amarla y cuidarla; para dejar de ser unos copiones serviles y acomplejados, unos pobrecitos colonizados de mente y corazón. En eso, piensa Mistral, consiste la poesía. En acercarse a las cosas como por primera vez, con los sentidos muy abiertos. Es en ese candor inicial donde se encuentra la capacidad de ser poeta. Es en esta disposición y apertura al éxtasis del misterio que hay más allá de las cosas, donde Mistral encuentra lo religioso. Dice: “la rosa es algo más que una rosa, y la montaña algo más que una montaña”.

Para Gabriela Mistral, Chile y América son la materia de donde brota su escritura. Su tiempo ocurre durante la primera mitad del siglo XX. Su sino fue ser una patiloca con ruta propia; una deslenguada; una poeta sin moda ni ismos; una mujer poderosa en palabra política; una pensadora de la América. Creo que no ha habido otra en el continente con esa actitud renacentista para con el conocimiento y la creación. Una visionaria que se agarra con sus manos a las montañas y hunde los pies pelados en la tierra. Mistral, ya sabemos, no fue profeta en su Patria, pero con el tiempo su fantasma decanta y se incrusta aquí y nos pena. Se instala, con o sin permiso, en la revuelta de octubre para reavivar en los fuegos rabiosos, las demandas que fueron suyas hace 100 años. Pienso entonces que su excentricidad lo es solo a ojos de un mundo reducido que piensa que los problemas se enmiendan solos o pasan colados con el tiempo. De un mundo que no ama ni lee lo suyo y aspira a ser y a tener lo afuerino.